

ERROR Y ESCEPTICISMO

«...Nos encontramos que a veces los sentidos yerran, y es prudente no fiarse nunca demasiado de aquellos que han engañado, aunque sólo sea una vez...

...No parece que el que nos engañemos siempre sea menos posible que el engañarnos alguna vez; y de esto tenemos advertencia que sucede...» (1).

Las palabras de Descartes las podríamos ver repetidas en todas las obras que, real o metódicamente, simpatizan con el escepticismo. En todos los tratados de Crítica se exponen las fuentes de que procede el sistema escéptico. Una de ellas, quizá la más impresionante, sea ésta indicada por Descartes. Ciertamente no hay fácil excepción cuando del error se trata. La experiencia nos muestra que hay señales de esta dolencia en nuestras propias carnes. Uno de tantos puntos de partida para el escepticismo es éste de que hablamos; no el único.

Y aunque el escepticismo sea una doctrina absurda; condenada a morir en su propia cuna, sin embargo, como afirma Balmes, es

«una de las plagas características de la época y uno de los más terribles castigos que ha descargado Dios sobre el humano linaje» (2).

Que siguen en pie estas palabras, es algo fácil de probar. No hay más que echar una ojeada, por muy superficial que sea, sobre los

(1) DESCARTES: *Principios Filosóficos*. IV y V. Trad. italiana por Sciaky. La Nuova Italia. Firenze, 1938, pp. 2 y 3.

(2) BALMES, J.: *Cartas a un escéptico*. Obras Completas, t. V, pág. 253. BAC. Madrid, 1949.

sistemas hoy en boga. El neopositivismo, el existencialismo, el pragmatismo, el raciovitalismo, el indiferentismo, el relativismo, el marxismo... cuentan con una eficacia corrosiva proporcional a la cantidad de escepticismo que encierran. Porque sabemos que estos sistemas encierran partes luminosas de verdad, aunque amalgamadas y sofocadas por la esterilidad del escepticismo.

Y es que si el escepticismo no se da ni puede darse «puro», sí se da, y con una frecuencia extraordinaria, en aleación con otras doctrinas. Y si ante ese escepticismo puro, sueño imposible, como hemos dicho, en el panorama de la filosofía, no se justificaría un examen sobre un motivo de su origen, queda bien justificado el plantearlo ante este escepticismo disimulado, en simbiosis íntima con otros sistemas que, atendiendo a su nombre solo, tan distantes parecen estar de él.

Si los escépticos, o los que han intentado serlo, dan el error como una causa justificante de su actitud frente a la verdad, es porque realmente ha influido en que ellos la tomen. Intentamos examinar esto: ¿Por qué el error nos lleva a soñar en el escepticismo y a defenderlo como una actitud crítica? ¿Qué legitimidad hay en este paso del error a la duda universal?

Naturalmente, entendemos el error en nuestra posición y en nuestro estudio, tal como lo entiende la sana filosofía. Podríamos decir sencillamente que lo entendemos en el sentido, por todos aceptado, con tal que no haya prejuicios de filosofías *formadas* por medio. Hacemos caso omiso de la definición que de él dan otras filosofías que no aceptan la definición de verdad como una *Conformitas intellectus cum re*. En tales filosofías el error es un hecho sorprendente; en realidad inexplicable, que se ha de salvar con equilibrios de una acrobacia, muy propia para otros campos más arriesgados y oscuros. Para nosotros el error será: *Firma mentis adhaesio in falsum*.

También hablamos en este caso, porque los escépticos no pueden prescindir de esta circunstancia esencial para ellos, del error *descubierto*. Y descubierto, porque la realidad se impone, y nos demuestra la falta de conformidad entre el contenido de nuestra certeza y ella misma.

Nótese bien que no es nuestra intención argumentar que el error no justifica el escepticismo, porque el escepticismo es falso. No empleamos este razonamiento que viene a caer en aquella regla de lógica silogística: *falsum consequens; ergo et antecedens*. Al final, coinci-

dimos en esta misma conclusión. Pero nuestra perspectiva es distinta : es proceder por el análisis del contenido objetivo del concepto mismo del error. Vamos a demostrar que en el concepto del error encontramos el contraveneno al escepticismo. Es obtener una profilaxis contra la enfermedad, empleando el mismo virus que la causa. Esta es nuestra posición.

No queremos tampoco insistir lo más mínimo en el error como hecho de conciencia cierto. De tal forma, que esos gérmenes de certeza en él encerrados ya bastarían por sí solos para una refutación de la posición escéptica. Es esta certeza esencial a todo hecho de conciencia, aun a la misma duda. Este procedimiento ha sido puesto en práctica con mucha frecuencia ; y es totalmente válido.

Los escépticos se presentan, paradójicamente, como los hombres más lógicos. Como hemos visto en Descartes, no es prudente fiarnos de quien nos ha engañado, «aunque sea una sola vez». Esto lo exige nuestra seguridad y nuestro sentido común. Por tanto, hay que desconfiar siempre «para acertar». El entrecomillado no lo podrían decir los escépticos lógicamente ; pero al menos lo quieren hacer notar con algo más que su silencio, que sería la posición digna en ellos, como es la lógica contundente de Aristóteles. El escéptico debería ser *ὁμοιος φταῖν*. *Aristóteles*, *Metaf.* 3, 1006 14.

Sometamos, por tanto, a consideración esta desconfianza en nuestras facultades, provocada precisamente por el hecho del error. Vamos a examinar la legitimidad de esta actitud crítica de la mente. Y vamos a demostrar que una actitud así es originada por una falta de conocimiento de la esencia misma del error. Un examen a fondo nos demostrará que nunca debió de ser el error el punto de partida. Y conste también que nos situamos en el momento en que se va a formar un escéptico. Ya que tratamos de un influjo causal, nos vamos a situar en el momento inicial, en el momento más propicio para percibir la acción de esa causa. Tenemos derecho, por tanto, dada nuestra posición más concreta todavía, a contar con escépticos no perdidos del todo. Hablamos antes de una profilaxis. No es de curación propiamente de lo que aquí se trata.

I

¶ Cuando se descubre un error, nos encontramos con un fenómeno de conocimiento de dos vertientes. Una de ellas mira necesariamente

a la verdad nueva descubierta ; la otra, a la certeza vieja, abandonada por ilegítima. Y en tanto se descubre este error, en cuanto se vea y se mantenga esta verdad. Querer aislar el error en sí, prescindiendo de la verdad que nos ha dado luz para localizarle, es negarle su misma esencia de error. Porque fijémonos en concreto en varios errores, para que aparezca bien claro lo que acabamos de afirmar. ¿Cuántas veces no se ha traído a colación el error de los antiguos, al concebir el Universo como geocéntrico? Copérnico, Kepler y Galileo demuestran que a todas luces estaban equivocados los que defendían la primacía de la tierra. Estaban en un error, porque la firmeza de su adhesión mental recaía sobre un enunciado que estaba en total desacuerdo con la realidad. Bien ; pero para que nosotros veamos que los antiguos se engañaban—y para que, *viendo ésto*, podamos hacer un raciocinio que justifique de alguna manera el escepticismo—es necesario aceptar y ver la verdad nueva. Son dos cosas íntimamente unidas, inseparables. Es tan esencial saber que se equivocaban como el conocer que nosotros hemos llegado a penetrar la realidad, que está en contra del asentimiento anterior. Aún más : es un supuesto necesariamente anterior, al menos lógicamente, el descubrimiento de la verdad nueva. Seguimos hablando del hecho del error aducido como hecho. Tanto más peligroso en sus consecuencias escépticas, cuanto mayor haya sido la firmeza del asentimiento. Pero también tanto más fuerte ha de ser el descubrimiento de la verdad, capaz de deshacer el error anterior, destruyéndolo al mismo tiempo que lo descubre. Certeza nueva y error anterior superado por ella, son dos extremos totalmente dependientes. No se puede llegar a formar un concepto adecuado de ambos, más que viendo los dos extremos simultáneamente en la luz que proyecta la verdad y en el fondo sombrío del error.

No sólo cuando se habla de opiniones, de teorías científicas superadas, sucede esto. Nos encontramos con lo mismo, cuando se trata de un mismo sujeto : puede corregir el mensaje engañoso de una facultad. Pero siempre lo hará con la ayuda de otra facultad. Luego si en una desconfía, tiene que confiar en la otra. Y también ésto, de un modo imprescindible.

Se ha hablado repetidas veces del fenómeno que sucede cuando una caña se introduce en el agua parcialmente. A nuestros ojos aparece como si la caña estuviera rota. ¿Es razón ésta para que desconffemos de nuestros ojos? Para decir que los ojos se engañan—que estaban en error—es necesario admitir que la caña está tan entera

como cuando se introdujo. Y para esto es de todo punto preciso que nos fiemos de nuestro sentido del tacto, por ejemplo, o aun de la misma vista, sacando la caña; o racionalmente aplicando las leyes de la refracción de la luz en un líquido y en el aire. En todas las hipótesis no cambia el que sean los mismos sentidos o la aplicación de leyes físicas de tipo intelectual, las que descubren el error. Siempre será cierto que la verdad es quien descubre el error, y que la misma desconfianza de las facultades cognoscitivas sólo se explica por la confianza en *otras facultades*.

Si el error se descubre por una verdad nueva, vemos la sinrazón fundamental de la actitud escéptica. Sólo habría posibilidad de una «cierta justificación» en el caso de que nuestras facultades cognoscitivas siempre y en cada uno de sus actos hubieran de captar la verdad. Nadie exige tanto. Frente a la posición absoluta de que nunca, está el dogmatismo racional de que sí pueden captar nuestras facultades la verdad, y de hecho la captan muchas veces, pudiendo comprobarlo nosotros de una manera refleja, sin dejar lugar a duda. Pero lo importante es hacer ver a los escépticos que, frente a esa pretendida lógica extrema y rigorista, de que alardean, está el hecho de que tanto pesa el error como la certeza nueva que lo descubre. Y que olvidar lo segundo no es, sino por efecto de limitar la visión a un solo ángulo, no queriendo ver deliberadamente la vertiente positiva a que siempre apunta el error descubierto.

II

Si esto es así y también no es menos verdad que el escepticismo es como una sombra impalpable que amenaza envolver toda la filosofía y helar toda su savia, hemos de preguntarnos la razón de este salto al vacío, de esta posición tan radical. No puede ser esta actitud fruto simplemente del porque sí; es necesario que jueguen aquí su papel fuerzas importantes, que es menester sacar a la superficie, y evitar de este modo su eficacia clandestina.

Es una tesis cierta en la sana filosofía que la causa próxima del error está en un asentimiento del entendimiento que no se ajusta, en su extensión, a lo aprehendido. En la aprehensión es imposible el error como tal, porque en ella no hacemos nosotros otra cosa que recibir, intencional y vitalmente, claro, el mensaje que nos envía la realidad a través de nuestros sentidos. No hay lugar ahí a deformación cognoscitiva de ninguna clase. Esta se puede dar desde el momento que

nosotros tomamos posición frente a la realidad por él asentimiento o disentimiento: por no quererse conformar con los datos allegados por la aprehensión y querer traspasarlos. Este desajuste no proviene del entendimiento solo. El entendimiento es una facultad visiva. Su acción va simultánea a su visión. Si ve, afirmará sin reserva; si no ve claro, mantendrá su asentimiento a la expectativa; o lo dará con alguna reserva, como sucede en la opinión. Este es su natural modo de obrar. Pero hay algo que puede influir sobre el entendimiento; naturalmente, hablamos de la voluntad. La voluntad tiene el suficiente poder para hacerle afirmar con seguridad más de lo que ha visto en la simple aprehensión. Por tanto queda bien sentado que la voluntad tiene un gran papel que desempeñar en esta causa del escepticismo, que es el error. Ha tenido responsabilidad en la afirmación errónea, descubierta por la verdad nueva y auténtica.

Ahora cabe preguntar: ¿No tendrá gran influencia la voluntad en la actitud escéptica? ¿No será la voluntad, más que el entendimiento, a quien se debe imputar la responsabilidad de ese salto en el vacío de que hablábamos antes?

Es conveniente aclarar el influjo de la voluntad, si es que tiene alguno, en la génesis del escepticismo, porque todo escepticismo, ya parcial, ya total, presenta siempre sus credenciales como el sistema más en consonancia con la lógica. Podría ser que rechace toda capacidad intelectual para conocer la verdad, y se entregue por oscuros caminos vitales a la búsqueda de la misma. Vemos que está ocurriendo esto último con la filosofía de hoy: toda se levanta contra la primacía de la lógica, del entendimiento. Pero en última instancia será siempre verdad lo dicho: que la filosofía que abandona y se cierra a sí misma el camino natural de investigación, quiere pasar por la más conforme con las exigencias de la verdad, por la más rigurosamente *lógica*.

En la filosofía escolástica, cuando se quiere definir la certeza y la opinión, se usa un término que nos evoca, aunque sea lejanamente, la presencia de la voluntad junto a las operaciones de la mente. Nos referimos a la *formido errandi*. Es claro que no se trata de un miedo formalmente tal. Fundamentalmente, esta *formido*, presente cuando de opinión se habla, no es más, en el entendimiento, que el juicio implícito en toda opinión de que lo contradictorio a lo que nosotros sustentamos, puede ser verdadero; en la certeza, por el contrario, será el juicio implícito de que lo que nosotros vemos como evidente, no puede ser de otra manera de como nosotros lo vemos. Si propiamente no se

trata de una *formido* auténtica, si al menos se trata, en la voluntad, de una inquietud, de un desasosiego, al no ver satisfechas las tendencias del entendimiento hacia la verdad. Aunque hablamos de dos facultades distintas, y parece que no hay razón para hablar de esta inquietud, no hay que olvidar que es uno mismo el yo que quiere y entiende. Y así es fácil comprender que no puede haber plenitud de satisfacción en una de las facultades cuando la otra no está en posesión de su objeto, y la primera es capaz de insatisfacción.

Por tanto, hablábamos en esas dos actitudes de la mente de un afecto de la voluntad, de un afecto que se dibuja sólo, sin constituirse o aflorar totalmente en su ser formal. Uniendo, pues, estas dos observaciones: primera, que la voluntad actúa en el error; segunda, que la voluntad puede concurrir con un afecto determinado en algunas operaciones de la mente, ¿no podríamos hablar, en nuestro caso, del escepticismo como queriendo apoyarse en el error, de una especie de «resentimiento» de la voluntad, de una especie de «desilusión»? Si alguien quisiera escandalizarse de este como *antropomorfismo*, introducido en el juego de dos facultades aisladas, nos apoyamos para hacerlo en esa *formido* de que hablábamos antes.

Porque examinemos la actitud del entendimiento después del error descubierto, para sujetarnos a los límites que voluntariamente nos hemos descrito en nuestro estudio. ¿Por qué esa desconfianza? El entendimiento ve, y ve con toda seguridad ahora cómo es la realidad. Ya que si no lo percibiera, se podría hacer cuestión de opinión, de duda; pero no de error, como hemos probado en la primera parte, y como gustosos nos conceden los escépticos. Para que haya seguridad en el error, hemos de tener seguridad en la verdad nueva. El entendimiento, por tanto, no tienen razón ninguna para la desconfianza. Que puede recordar las razones en que se apoyaba el error, es evidente. Pero estas razones las conoce como sin fuerza de ninguna clase. ¿Por qué entonces el entendimiento puede desconfiar de sí mismo?

Es muy distinta la actitud de la voluntad. Y notemos que no se requiere aquí una actitud consciente; aunque pudiera haber algún caso en que lo fuera. Sabemos el gran poder de las fuerzas subconscientes, capaces de trastornar y perturbar muy hondamente la personalidad humana. Tales fuerzas deben su origen muchas veces a instintos reprimidos, a deseos no satisfechos, a fracasos afectivos. Estas energías oscuras se desarrollan precisamente en su aspecto más peligroso de subconsciencia por la *represión*, que han sufrido en la con-

ciencia plena. La voluntad, al mover al entendimiento a aceptar un error, compromete, como si dijéramos, su prestigio y es responsable de esa desviación intelectual. Se explica ahora perfectamente este «resentimiento», al ser la voluntad desalojada de su actitud por la realidad que se impone. Sin embargo, sigue actuando en el aceptar la verdad nueva, para lo cual no se requiere su influjo, porque es manifiesta. Sigue, con todo, actuando presentando al entendimiento el riesgo del asentimiento, haciéndole olvidar la distinción esencial entre el asentimiento legítimo y aquel que no lo es.

Una prueba más del influjo de la voluntad en la génesis del escepticismo. Más patente, tal vez: El escepticismo está caracterizado por la duda total; en ella está inmerso de una manera definitiva. Ahora bien; sabemos que la duda universal es imposible. Hay verdades totalmente refractarias a esta prueba del fuego. Y aunque lo sabemos todos por experiencia, podemos apuntar el método cartesiano como pleno fracaso de una duda de tal clase. Una duda así no puede darse en la mente como actitud frente a la verdad. Puede darse en la mente como *cosa conocida*; ya que nosotros entendemos qué es una duda universal; de ella hablamos, y ya hemos visto que a ella tienden los escépticos como solución crítica y lógica frente al problema de nuestro conocimiento. Podemos decir, por tanto, que la duda universal no puede ser «*pensada*», queriendo decir con ello que no puede ser una actitud de la mente frente a toda verdad... Nosotros decimos que, si no puede ser *pensada*, sí que puede ser «*querida*». Y decimos esto último, porque intentan llegar a ella los escépticos. Luego si es objeto de intención, es objeto de voluntad.

¿Por qué defendemos que esta duda universal puede ser meta de voluntad, cuando rechazamos categóricamente que sea conclusión y actitud lógica de la mente? Por esto: porque si la duda, que es imposible de hecho, es la meta y el fruto de todo el pensamiento escéptico; todo lo inalcanzable que se quiera, pero meta y punto de orientación, si es que cabe hablar de tal cosa, tratándose de escepticismo; pues si esto es como venimos diciendo, es necesariamente la duda universal objeto de una facultad que pueda tender a lo inalcanzado, a lo ausente, a lo imposible. El entendimiento, como facultad cognoscitiva, no puede dirigir su acción a objetos ausentes en cuanto ausentes. Dado el funcionamiento del entendimiento, éste necesariamente versará sobre lo presente. Por ejemplo, el caso mismo que nos ocupa: la duda universal. Sabemos que el entendimiento conoce su esencia;

al conocerla, la hace *presente* de un modo intencional. Si no se da esta presencia, no se puede dar conocimiento. La duda universal como actitud de la mente frente a la verdad, es totalmente imposible que esté presente alguna vez al entendimiento; luego no es al entendimiento a quien hemos de atribuir esa tendencia a realizar la duda. Hemos de atribuírsela a una facultad que, como hemos dicho, pueda moverse hacia lo ausente, lo lejano, sin hacerlo presente, sin embargo. Esta es una operación propia de la voluntad. La voluntad es atraída hacia las cosas en sí mismas, y hacia ellas se mueve; lo contrario del entendimiento, que atrae las cosas y las hace presentes. De ahí, de esta posibilidad de la voluntad de tender hacia las cosas en sí mismas, de apetecerlas «donde están», nacen sus operaciones hacia lo inalcanzado. El *desiderium*, el deseo, es la tendencia de la voluntad, en su sentido más estricto, hacia un bien ausente en cuanto ausente. Y aún puede tender hacia lo imposible, con tal que el entendimiento no preste atención clara a la nota de imposible que el objeto ofrece. Que no se trataría aquí de un deseo eficaz, ni siquiera conscientemente, podemos añadir, estamos plenamente de acuerdo. Pero ese deseo ineficaz lanzado a la duda, pudiera ser la esencia más íntima del sistema escéptico. Ya que si este deseo fuera de tal clase, es muy viva la resistencia a la verdad que el escéptico tendría que activar continuamente, en un esfuerzo de gigante, si intentara asemejarse algo, tan siquiera al escéptico auténtico.

Y esta resistencia a la verdad, esta posición negativa ante ella, es una señal más para ver el gran papel de la voluntad en esta cuestión. El entendimiento no puede tomar una actitud de *huida* ante la verdad. El entendimiento, ante toda verdad manifiesta y evidente, necesariamente tiene que doblegarse. Lo que no ocurre con la voluntad: en ella es plenamente comprensible el *rechazar* un objeto, por ausencia de bondad en él, naturalmente. El *odium* y todas sus especies psicológicas no serían más que una prueba patente de lo que acabamos de decir.

Vemos, por lo expuesto, que en el escepticismo descubrimos algo sorprendente a primera vista, y que uno no podría sospechar siquiera. El escepticismo intenta siempre hacer valer sus méritos y su celo en el rigor lógico. Con todo, no es éste más que su aspecto engañoso: lo que en realidad es el escepticismo, es un capricho, un *voluntarismo exagerado*. Tal vez por esto veamos muy natural ahora que Kant, y cuantos le siguieron en la Crítica de la Razón Pura, yendo a dar en

el escepticismo, queriendo después salir de ese pantano sin fondo, hayan de acudir a la Crítica de la Razón Práctica : a la voluntad, en suma. Porque de ella, en realidad, depende el haberse metido en ese callejón sin salida, y de ella tiene que depender el salir de él.

III

En resumen ; hemos querido exponer con la mayor claridad :

1. Que el error no es apoyo justificante del escepticismo. En el error se hace tanta profesión en él mismo, cuanto en la verdad.

2. Si damos el salto al vacío de la duda universal, se debe totalmente, en su última fuente, al influjo de la voluntad :

a) Se explica la *desconfianza* ante el error, por el *resentimiento* de la voluntad ante la necesidad de abandonar una posición que el entendimiento había tomado por su influjo.

b) Se explica la *tendencia hacia la duda universal*, imposible para el entendimiento, por el privilegio de la voluntad de poderse lanzar hacia lo ausente como tal, y aun hacia lo imposible.

c) Se explica la *resistencia ante la verdad*, por la capacidad de la voluntad de *huir* ante un objeto.

Lic. J. ALVAREZ ARROYO

Operario Diocesano

*Profesor de Filosofía en el Colegio
de San José. Tortosa*